

Las manos de las madres

Lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer oficio de cáliz, que recoja el rocío y la miel, para nutrir el cuerpo y distribuirlo á otros seres que lo han menester.

CARMEN SYLVA.

Una de estas mañanas paseaba por las afueras de la ciudad. Al pasar por una casa de pobre apariencia, me sorprendieron dolorosamente los gritos de un niño. En medio de la habitación que daba á la calle había una mujer de cara iracunda que descargaba golpes en la cabeza de un débil niño de seis años, que agarrado á las rodillas de ella, escondía el angustiado rostro entre las faldas, como si buscara auxilio en la misma que le maltrataba. Al alejarme con el corazón oprimido, le oí decir sollozando: «no me pegue más, mamita, que nunca volveré á perder *un cinco*».

—¡Pobre niño, me dije, seguramente ha perdido *un cinco* y por ello su madre le golpea! ¡Qué ironía!

Por *un cinco* borra todo recuerdo amable que ella podría dejar en el corazón de su hijo.

Continué mi paseo haciendo tristes recuerdos. La escena que acababa de presenciar, me hizo recordar á una dulce chiquilla que conocí ha mucho tiempo.

Esto sucedió durante mi último año de Colegio y fué para buscar á un compañero de estudios, con el que me unía una íntima amistad, que visité varias veces la casa de esta niña. La primera, me encontré con una muchacha sentada en el umbral de la puerta, jugando con su muñeca. Tenía los cabellos ondulados, de un rubio ceniciento y de entre la gloria de crespos brotaba como una flor el rostro de color sonrosado; su naricilla respingada imprimía en él un aire picaresco, acentuado en aquel momento por una manchita de jalea que lucía en la punta de ella.

Me causó una sensación deliciosa: todos los niños sonrosados y que sonrían me la producen.

Con el tiempo nos hicimos amigos. Ella iba siempre muy modosa y limpia; se conocía que la habían acostumbrado á andar al cuidado del traje. Al llegar yo, corría á encontrarme; me gustaba verla levantar hacia mí su hociquillo riente y rojo y su pequeña nariz respingada.

Cuando la pregunté cómo se llamaba, me contestó: «Ana». —Bonito nombre tienes, pequeña. De hoy en adelante te llamaré Anita. —No me llame Ud. Anita, me suplicó muy seria. Dígame Ana, simplemente. Por aquí vive una chiquilla que pelea mucho conmigo y todos la llaman Anita; quiero ser Ana.

Luego me contó que mi compañero era su tío Joaquín, que tenía dos hermanos, uno que ya iba á la escuela y otro más pequeño que ella, más malo y lindo! La madre era una mujer joven y bonita, de rostro que me pareció lleno de bondad.

—Tiene Ud. una preciosa niña, señora, la dije.

Me sonrió complacida y acarició á su hija que se agarró á su falda. Es un movimiento de los niños que me encanta. Hay en él todo un poema de ternura: él dice del amparo que ellos encuentran entre los pliegues ondulantes del vestido maternal. ¡Y pensar que á veces se equivocan! Si las madres vieran la confianza que flota en el ademán de sus hijos, al agarrarse á su falda, nunca dejarían caer su mano para maltratarlos.

Cuando estuve en casa, pensé con cariño en aquella joven madre y al pensar en el amor con que trataría á sus hijos, dije en un arranque de lirismo: «es una linda flor con tesoros de aroma y miel en su seno». Sin querer, comparé la vida que debían tener aquellos dichosos niños al lado de una madre tan joven, tan linda y en cuya faz sólo encontrarían sonrisas, con mi vida de chiquillo, en el caserón de mi tío, el rígido señor de C., siempre vigilado por el rostro de mis tías, dos